Globethics Repository



La experiencia pascual de los discípulos [The Easter experience of the disciples]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Pikaza, Xabier
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-19 05:20:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213580

estudios

La experiencia pascual de los discípulos

por
Xabier Pikaza

Discípulos de Cristo son aquellos que han vivido y cultivan la experiencia de la Pascua, traduciéndola en su misma forma de existencia. Hay dos tipos de discípulos: unos conocían a Jesús antes de su muerte y después le descubrieron de manera directa como vivo; otros le conocemos a través del testimonio apostólico y sólo realizamos la experiencia de la Pascua de un modo indirecto, en el ámbito de vida de la Iglesia. De unos y otros hablaremos en las páginas que siguen, cerrando nuestro estudio con algunas reflexiones de carácter hermenéutico.

1. Experiencia apostólica

El primer tipo de discípulos lo forman aquellos que siguieron a Jesús en el camino: los que vieron sus milagros, escucharon sus palabras, recibieron su asistencia. Hech. 1,14 les agrupa de esta forma: apóstoles, parientes de Jesús, mujeres fieles. Todos ellos han tenido una experiencia inmediata de la Pascua, con María, Madre del Señor. De ellos tratamos al hablar de la experiencia apostólica del resucitado, reinterpretando los datos evangélicos y poniéndolos a la luz de testimonio personal de Pablo.

Los apóstoles —y con ellos las mujeres y parientes a que alude Hech. 1,14— tenían experiencia del Cristo antes de la Pascua. Por eso, no partían de cero. Habían recibido una fuerte impresión del profeta galileo: le seguían, le querían, se han opuesto a su camino, le han negado, quizá en algún aspecto le han odiado (como hará Pablo). Pues bien, en un momento determinado, después de la muerte de Jesús se han descubierto penetrados por su fuerza: su camino ha revivido, su persona ha retornado victoriosa de la

muerte, de tal forma que han visto cómo todo se realiza de un modo distinto. Por eso han decidido confesar y han confesado: ¡Está vivo!

Esta experiencia hace que estallen los encuadramientos precedentes. Los de entonces y los de ahora. *Quiebra la estabilidad y armonía del conjunto cósmico:* en contra de los antiguos sacralismos de la naturaleza, más allá de los modernos materialismos positivistas o dialécticos, emerge la realidad de Jesús como persona. Por eso, *la experiencia de la Pascua no consiste tampoco en el descubrimiento del valor absoluto de la ley* o de la acción del hombre; en contra de los fariseísmos antiguos y de los nuevos moralismos, ella nos conduce al campo de la vida de Jesús. *No se trata de conocer a Dios, por vía de razonamiento o de misterio:* la Pascua significa, más bien, el encuentro gratuito y gratificante con el Dios que se hace humano en Jesucristo. A partir de ahí todo aparece de manera diferente.

La Pascua es, por lo tanto, *una experiencia de persona.* Allí donde los hombres anhelaban el camino del misterio por la vía de la ley, el todo cósmico o la ciencia de infinito se desvela Jesús como persona que ha triunfado de la muerte y vuelve hacia los suyos, en gesto de absoluta novedad, para invitarles a que empiecen a formar un mundo nuevo. Esta experiencia tiene, a mi entender, dos elementos. *Por un lado es teofanía:* quizá al comienzo no comprenden e interpretan lo que pasa en formas definidas por el tiempo (apocalíptica, estructura sapiencial o mesianismo); pero al fondo de aquello que han vivido va emergiendo ante sus ojos la certeza de que ha sido y es el mismo Dios, quien viene hacia su encuentro por Jesús resucitado. Todos los restantes medios de presencia de Dios pasan a segundo término: las mediaciones cósmicas, los esquemas legalistas o sociales. Sólo queda una cosa: Jesús resucitado, como rostro de Dios Padre, como plena y absoluta hierofanía. *Por otro lado esa experiencia es antropofanía:* en el principio tampoco ellos consiguen medir las consecuencias de aquello que ha pasado; únicamente saben que están llenos de Jesús y lo proclaman de un modo gozoso, pasional, provocativo; aseguran que el tiempo se ha cumplido y llega el hombre nuevo, el fin del reino; casi no pueden medir sus palabras. Sólo poco a poco irán reconociendo que el misterio que ha irrumpido por la Pascua de Jesús es la verdad del hombre, es el sentido de la vida que triunfa de la muerte y que despierta en brazos de Dios Padre.

Esta experiencia «de persona» constituye, a mi entender, el centro y el sentido de la pascua. Las convicciones y condicionamientos antiguos pasan a segundo término o se van retraduciendo. Sólo queda una certeza; ¡Cristo vive!, y en su vida se cimienta el verdadero presente y el futuro de las cosas. Este encuentro pascual ofrece a mi entender tres momentos: recuerdo, transformación y envío.

Hay un momento de recuerdo. Aquellos que han seguido o conocido el

camino de Jesús vuelven a hallarle vivo tras la muerte. Los apóstoles le encuentran y le aceptan como aquel que les había convocado, afirmándoles con su palabra y sosteniéndoles en su compromiso. Las mujeres le descubren como aquel que, aceptándolas en su compañía y ofreciéndoles su amistad, se ha dejado ayudar por su cuidado. Los familiares le recuerdan como el hermano que, habiendo nacido en medio de ellos, comenzó por escandalizarles con su palabra de ruptura y su gesto de novedad mesiánica. Todos vuelven a encontrarle. Jesús les ha salido al paso de una forma nuevamente definitiva y empiezan a entenderle de manera diferente; desde Jesús descubren el sentido del Antiguo Testamento de su pueblo y los caminos de Dios entre los hombres. Sin este momento de recuerdo, donde se recupera el pasado de Jesús, desde la infancia hasta el Calvario, la Pascua acabaría diluyéndose en un aura muy hermosa pero estéril, de leyenda.

Hay un momento de transformación. Ante el gesto de Jesús resucitado lo anterior se transfigura. Jesús vuelve y perdona a los que habían rechazado su camino, perdona a los discípulos que el día del peligro le negaron, para abrirse al vergonzoso camino de la huida. Vuelve a las mujeres que no habían entendido su cariño, a los parientes que quisieron manejarle... Por eso, el encuentro pascual es mucho más que una apertura hacia el recuerdo. Es verdadera creación. De pronto, los discípulos comprenden que su encuentro con Jesús no había terminado. Precisamente ahora, cuando ha cesado el viejo contacto corporal, cuando el escándalo de la Cruz parece haber quebrado todos los senderos y esperanzas, emerge la auténtica comunicación interpersonal con el Maestro. Ellos no saben expresarlo, pero saben que es Jesús el que ha venido: se les ha manifestado, poderosamente creador, lleno de vida, por encima de la muerte. Les ha ofrecido nuevamente su confianza, ahora de un modo inquebrantable, y les ha dicho: ¡no temáis!, soy yo el que vengo de nuevo hacia vosotros. Por vez primera, aquellos viejos seguidores abatidos y frustrados descubren un amor que permanece, un encuentro que les hace ser por siempre. Se sienten transformados. Sólo pueden expresarse en gozo y alabanza.

Hay, finalmente, un momento de envío. Por encima del recuerdo del pasado, por encima de la transformación personal, se escucha una palabra misionera: los discípulos no pueden contenerse clausurados en el viejo mundo de sus anticipaciones y esperanzas. Viven desde Jesús y se descubren enviados: el Señor pascual les confía generosamente el cuidado y la promoción de su mensaje y ellos, sin pensar demasiado en lo que hacen, dirigidos por un nuevo poder que identifican con el Espritu del Pentecostés mesiánico, se ponen a extender el gran anuncio de Jesús. Son un puñado de indoctos, un grupo de antiguos miedosos ilusos; pero han tenido la suerte de ser hallados por Jesús, le han redescubierto tras la muerte y acogen el encargo de anunciar su vida

entre los hombres. Así, lo que empezó siendo recuerdo se convierte en apertura hacia el futuro. La experiencia de la Pascua se explicita en el camino del mensaje: los discípulos que están en manos de un poder que les desborda, se sienten poseídos por una gracia que les sobrepasa; y llenos de alegría, como ignorando las dificultades que les esperan, comienzan la gran aventura de una misión que, por caminos diferentes, les conduce hacia los mismos confines de la tierra.

Estos son los momentos de la experiencia apostólica de Jesús resucitado. En ella no se ofrece un tipo diferente de idea sobre Dios, ni se desvela un modo nuevo de transformación de la materia. La Pascua viene a hacerse un elemento integrante de su vida: el encuentro con Jesús ha renovado y recreado su existencia. Miran hacia adentro y se descubren diferentes. Es distinta su manera de ser y de sentirse ante las cosas. Por eso, cuando anuncian a Jesús, dejan a un lado las teorías y «dicen su existencia», se dicen a sí mismos, al ir dando ante los otros testimonio de la Pascua.

La experiencia pascual de los apóstoles se extiende, según eso, a través del testimonio. Frente a los métodos de verificación racional o prueba empírica, los discípulos de Jesús han ofrecido abiertamente el testimonio de su propia palabra y de su vida. Casi no advierten lo que pasa. Pareciera que navegan a lomos de una tempestad que les desborda. No les importa. Son testigos de Jesús y, al presentarlo ante los hombres, van presentándose a sí mismos, como reflejo del Señor resucitado. Llevan en su entraña la herida de la Pascua y tan pronto como empiezan a decir lo que han sentido van diciendo lo que el Cristo ha realizado en medio de ellos: cómo les ha reconocido y cómo les recrea, tras la muerte, cómo les envía y, sobre todo, cómo ese Jesús es el viviente.

Me resulta absolutamente imposible fijar los elementos y estructura de ese testimonio pascual de los apóstoles, tal como aparecen en los primeros años de la Iglesia. Sólo indicaré que el contenido radical de esa experiencia se refleja de un modo canónico en los libros del Nuevo Testamento, apareciendo en ellos en tres formas que son complementarias: sinópticos, Pablo, Juan.

A través de los *sinópticos* la Pascua se interpreta partiendo del conjunto de la vida de Jesús: es desenlace de su trama y es comienzo de la historia decisiva. Para Mc. 16, 1-8 Jesús resucitado se encuentra en Galilea: allí donde los hombres recuerdan su mensaje, siguen su camino y se reúnen a partir de su palabra; de algún modo, la experiencia del Señor se identifica con la misma vida de la Iglesia. En Mt. 28, 16-20 la Pascua significa el triunfo de Jesús y el envío de los suyos: allí donde los fieles anuncian la palabra y viven el misterio del Señor resucitado está Jesús, presente entre los hombres. Lc. 24 ha interpretado y extendido el valor de esa experiencia: viene Jesús; Jesús alienta allí donde sus fieles reconstruyen el camino de su vida, participan del pan en su recuerdo y proclaman poderosamente su perdón y su palabra.

Pablo vive la experiencia de la Pascua como ratificación y triunfo del mesianismo de la Cruz. Apenas sabe nada de Jesús según la carne. Pero ha reconocido que el Mesías de Dios tuvo que morir y ha resucitado. Desde aquí, a partir de su propia experiencia pascual (cfr. Hech. 9; Gál. 1,11 ss.), proclama el gran mensaje de la Cruz liberadora: ha pasado el mundo viejo, ha terminado el tiempo de la ley, ha fracasado el orden del pecado; desde la Cruz de Jesús emerge, por el testimonio y poder de la Pascua, un mundo nuevo de reconciliación y gratuidad, de esperanza y vida nueva. En ella se cimenta la experiencia del cristiano.

Viene, finalmente, el testimonio de *Juan* que, partiendo de unas experiencias apostólicas de la resurrección, hermosamente recreadas en términos de reconocimiento y apertura al Espíritu (Jn. 20-21), ilumina desde la Pascua el conjunto de la vida de Jesús. El proceso pascual se interpreta como transfiguración de la historia de Jesús: al descubrirle como fuente del Espíritu, camino-verdad-vida, Hijo de Dios o fundamento de la gloria, tenemos la certeza de que está resucitado. Experiencia de la Pascua y descubrimiento de la hondura de Jesús se identifican.

2. *Experiencia eclesial*

Hay un segundo grupo de discípulos que, no habiendo seguido a Jesús en el camino de su historia, no han palpado su cuerpo ni escuchado de manera directa su palabra (Cf. Jn. 20,29; 1 Jn. 1, 1-4). Son los que llegan después de los apóstoles. También ellos se sienten llamados a la fe y a la experiencia de la Pascua. No han visto a Jesús pero comparten la palabra y testimonio de la iglesia.

Teniendo esto en cuenta, definiré a la iglesia como aquella comunidad de testigos que, enraizándose en la fe de los apóstoles, recuerdan y cultivan, celebran y recrean la experiencia pascual de Jesucristo. Distinguiré en ella dos planos. *a) La iglesia es ante todo una expansión del ámbito de Pascua:* el campo de experiencia de Jesús resucitado se extiende a través de ella, en su palabra predicada, en su vida y en su fiesta. Ha nacido del testimonio apostólico y decide mantenerlo. Brota del mensaje pascual y lo cultiva entre los pueblos. *b) Por eso, ella puede ser lugar donde los hombres se realizan.* Viven inmersos en las mil experiencias de la tierra, dominados por la actitud operativa de las ciencias, distorsionados por la inutilidad de los razonamientos, perdidos en el campo de fuerzas de la vida...; de pronto, abriéndose al ámbito eclesial, descubren una nueva base de experiencia que proclama, actualiza y celebra el sentido de la Pascua.

Principio de la iglesia es el anuncio de la Pascua. Cruzan por ella miles de

proclamas y palabras. Sin embargo, en su interior sólo se escucha de verdad una que ofrece el anuncio repetido y fascinante de la Pascua. Ese anuncio la fecunda y fortalece, la cimienta y plenifica en un milagro que nunca se termina. Existen en el mundo otros sistemas sociales y poderes, encargados de amasar riqueza, dirigir a pueblos, cultivar la ciencia... Pues bien, ninguno puede compararse con la iglesia. Ella es, primero, *institución memorativa:* sólo vive recordando la experiencia de su Cristo, para hacer que no se pierda su Pascua entre los hombres. Por eso, ella será *institución narrativa:* está empeñada en transmitir lo que ha escuchado, haciendo que resuene en las paredes de los cuatro costados de la historia. Sabemos por Juan que el Espíritu Paráclito es memoria de Jesús entre los hombres; pues bien, la verdad de esa memoria, recibida y transmitida por la iglesia, es la experiencia de la Pascua. La resurrección de Jesús puede asumirse y aceptarse porque existen hombres y mujeres que se encargan de anunciarla. El cimiento de la experiencia pascual de la iglesia es, por lo tanto, la palabra poderosamente recibida y anunciada. Sólo se vive el gozo y fiesta de la Pascua allí donde unos hombres se empeñan en narrarla.

Centro de la iglesia es la vivencia de la Pascua. Llamo vivencia al don y compromiso de Jesús entre los hombres. La Pascua se desvela como un don: es el milagro de la gracia del Dios que nos acoge y nos transforma por el Cristo. Sólo después aparece en forma de exigencia: como llamada que nos invita a transformar la vida, en el camino del seguimiento de Jesús. Don y exigencia, bien unidos, muestran que el mensaje de Jesús sigue adelante; sigue adelante su anuncio del reino, su forma de actuar, su palabra de perdón, su llamada de transformación. Allí donde los hombres vivan todo esto, donde encuentren cada día la existencia como gracia, donde asuman el perdón y vayan trazando los caminos de una mayor fraternidad puede afirmarse que ellos viven la experiencia de la Pascua. Ella resulta, por lo tanto, inseparable del proceso de una iglesia que se ofrece a sí misma como *institución vivencial* que actualiza el contenido de la Pascua. Sólo allí donde los hombres ofrecen el perdón (cf. Lc. 24,47) y cumplen la palabra de amor de Jesucristo (cf. Mt. 28,20), sólo allí donde retornan incesantemente a Galilea, para rehacer el camino del Maestro (cf. Mc. 16,7) puede hablarse de experiencia pascual. Las restantes formas de encuentro con Jesús, clausuradas en un intimismo sentimental o en un cambio ideológico, acaban siendo equivocadas.

La iglesia se desvela finalmente como una institución celebrativa. La experiencia pascual del recuerdo y compromiso culmina allí donde la comunidad, gozosamente reunida en torno a la palabra de Jesús, celebra su presencia como perdón (bautismo) o como vida compartida (eucaristía). Los discípulos «renonocen a Jesús en la fracción del pan» (Lc. 24, 30-31); le reconocen experiencialmente en su verdad, pues hasta entonces sólo habían visto un tipo

de fantasma que venía a hacerles compañía. Sin ese tono celebrativo de victoria de la vida sobre la muerte, sin el gozo de una salvación ya realizada entre nosotros, sin el juego de la vida que se abre ritualmente ante el misterio y desde el misterio, la experiencia pascual termina siendo ideología.

Quiero resumir los elementos precedentes. He definido a la iglesia como aquella comunidad de testigos de Jesús que recuerdan, actualizan y celebran la resurrección. Esas tres funciones enmarcan y cimientan la experiencia de la Pascua de Jesús en los discípulos: ella no aparece en forma de teoría que se prueba sino como acontecimiento salvador que se atestigua en el anuncio, como principio de vida que se asume en compromiso y como fuente de gozo que se celebra en la liturgia. Aquí y sólo aquí es posible, hoy y mañana, la experiencia de la Pascua. Brevemente indicaré algunas de sus grandes paradojas: su pasado y su presente, su realidad comunitaria e individual, su valor teológico y cristológico.

La Pascua es experiencia de pasado y de presente. Es experiencia «de pasado», porque asume un acontecimiento de la historia de Jesús y lo interpreta como base de la vida de los hombres. Pero, al mismo tiempo, es experiencia «de presente»: cristiano es el que vive cada día potenciado y dirigido, interpelado y dirigido por la fuerza de Jesús, el Cristo. No queda abolido el tiempo como transcurso, para integrarse en la infinitud repetida de un eterno retorno. La Pascua asume ese tiempo y, enraizándose en el pasado único de la vida de Jesús, lo introduce en un camino de la plenificación futura. La experiencia pascual se desvela, según esto, como fuente de sentido de la historia.

La Pascua es experiencia comunitaria e individual. Es comunitaria en la medida en que se transmite, actualiza y celebra en la comunión de la iglesia; pero, al mismo tiempo, llevándonos al centro de la comunidad, ella nos sitúa en el lugar de la más profunda decisión personal, en aquel espacio donde cada uno ha de asumir el camino de la fe o de la increencia. Voy a explicarlo de una forma inversa. Parece que Jesús resucita «para mí»: me ha sacado del abismo del pecado y de la muerte y me ha llamado a su victoria; vivo ya en el centro de su encuentro, como un hombre que no tiene que ocuparse de los otros. Pues bien, en fuerza de unión de amor que crea el cuerpo de la iglesia: los creyentes descubren que la Pascua no les pertenece en exclusiva; sólo pueden vivirla en la medida en que se entregan los unos a los otros, suscitando un gesto de comunión liberadora; sólo así, en la iglesia, ellos recuerdan, viven y celebran su nueva realidad como creyentes que han «nacido» de la Pascua.

Finalmente, la Pascua es experiencia teológica y de Cristo. Ella nos lleva hasta el lugar de Jesús, en el camino concreto de su importancia y de su muerte, en el ámbito de su creatividad y de su entrega por los otros. Pues bien, en ese lugar, allí donde Jesús se desvela como sentido de la vida y de la historia,

Dios se manifiesta radicalmente como divino. No hay una experiencia primera de Dios y luego una fe en el Cristo y en su Pascua. Sólo allí donde el creyente habita en el espacio de la Pascua de Jesús, sólo allí donde interpreta su vida y la realiza en forma de comienzo de resurrección, puede hablarse de Dios como Padre de los hombres. La experiencia pascual, situándonos en la raíz del compromiso cristológico, nos lleva hasta el centro de la teología, hasta aquel lugar en el que Dios se desvela como Padre en el encuentro con el Hijo. Pero con esto abandonamos nuestro tema y penetramos en un campo de cuestiones diferentes.

3. *Hermenéutica de la experiencia pascual*

No hay experiencia de hechos puros. El contacto del hombre con las cosas se halla siempre interpretado, a través de presupuestos y condicionamientos. Es lo que pasa en la experiencia de la Pascua. Vivimos en un mundo que se encuentra cautivo por la idea, por la lucha interhumana y por la muerte. Buscamos seguridad y la traducimos en gestos de evasión y de dominio. Queremos fraternidad y la pervertimos en un campo de batalla universal. Soñamos con la vida libre y tropezamos siempre con la muerte. Sólo en ese contexto de humanidad dolorosa y conflictiva podemos realizar y realizarnos la experiencia de la Pascua. Dejándome llevar por la «magia» que actualmente tienen las palabras, distinguiré en ella tres posibles encuadres o momentos: experiencia idealista, materialista y de liberación.

Existe una hermenéutica idealista de la Pascua. Para muchos, la experiencia pascual acaba siendo idealista: nos obliga a salir de las coordenadas concretas de la vida de Jesús, de su lucha por la vida y la justicia, y nos sitúa en un campo de representaciones fantásticas y opresoras. Más que ratificación y triunfo del camino de Jesús, la Pascua es expresión de su fracaso: allí donde los hombres no han sido capaces de aguantar el ritmo de la acción de Jesús, allí donde han negado su entrega por los otros y su lucha por el hombre han inventado el refugio de la Pascua, precisamente para guarecerse de la urgencia y de la entrega del Mesías de los pobres. Esa actitud experiencial se refleja en tres momentos: impotencia, ilusión, represión.

La experiencia pascual ha terminado siendo un *signo de impotencia:* allí donde los hombres no han podido actualizar el gesto de Jesús, allí donde se han visto incapaces de guardar su legado de libertad y esfuerzo por la vida han inventado una especie de «salida fantástica», buscando así una compensación resentida e inoperante de su propio fracaso. Juzgo que esta perspectiva tiene datos que no pueden sostenerse, pero quiero destacarla. Demasiadas veces se evoca el futuro de la resurrección de Jesús sobre el fracaso de este mundo,

como justificación de la falta de compromiso creador de los creyentes: dejemos que las cosas sigan como están, sintamos sobre el mundo la mortificación de la carne y la ineficacia de la justicia; ya vendrá después el juicio de la Pascua.

Lógicamente, la Pascua no puede reflejarse en ningún tipo de represión interhumana sino en gesto de *apertura a la hermandad y la justicia*. La experiencia del Señor resucitado, como descubrimiento de la vida de Dios en el camino de la entrega hasta la muerte, como expresión de la plenitud del Cristo en la pequeñez de un condenado, nos lleva a comprender lo que supone la apertura libremente creadora hacia lo humano. Más allá de todos los esquemas de dominación, quebrando todos los caminos de injusticia de este mundo, la Pascua anuncia y significa el triunfo de lo humano: importa el hombre, como ser necesitado, importa el más pequeño, el más caído. Por eso, partiendo de la Pascua se inaugura un camino de transformación liberadora que sólo acabará en el día de la plena transparencia entre los hombres (Mt. 25, 31-46).

Estos son los correctivos fundamentales que introduce una *hermenéutica materialista* en la experiencia de la Pascua. Pienso que podemos aceptarlos plenamente, siempre que ellos no se apliquen de una forma reductiva. La novedad pascual abarca al hombre entero, incluyendo sus momentos y sus planes, la apertura hacia el misterio y la realización en el mundo, la plenitud individual y la unidad comunitaria, la transformación del presente y la añoranza del futuro, la donación de la vida y la vitalización de la muerte. En un estudio más extenso habría que precisar estas perspectivas. Aquí nos limitamos a enmarcarlas en un contexto de fe, caridad y esperanza.

La resurrección de Jesús es, ante todo, una experiencia de fe. Por encima de probaciones racionales y transformaciones prácticas, la Pascua nos sitúa en aquel lugar privilegiado donde puede realzarse y se realiza la experiencia radical de la confianza en las personas: el camino de Jesús se transfigura y aparece ante nosotros como espacio de encuentro en gratuidad; por eso nos ponemos en sus manos, asumimos su herencia, continuamos sus gestos, actualizamos su esperanza... Sobre las dificultades e impotencias de este mundo emerge la transparencia de la fe, el poder de la confianza que nos abre hacia el misterio de Dios Padre. Sólo en este contexto puede hablarse de Dios, de la experiencia del Espíritu como gratuidad y exigencia, don y compromiso que nos lleva hasta el fondo de la vida. No hay primero «fe» y luego «experiencia pascual»; sólo en campo de experiencia pascual cobra sentido la fe y se verifica desde el fondo de sí misma.

La resurrección es, un segundo lugar, una experiencia de amor, interpretado en forma de compromiso por los otros. Frente a la esclavitud del egoísmo y de la lucha de todos contra todos, la Pascua de Jesús nos ha ofrecido la certeza de que el hombre puede hacerse hermano para el hombre, ofreciéndole

el cariño de una vida que es más fuerte que la muerte. Sólo allí donde eso se explicite a través del surgimiento de una unión de liberados, que cultivan la transparencia y viven en ofrenda mutua, cobra sentido la experiencia de la Pascua. Todos los restantes motivos de comunicación acaban por quebrarse: la solidaridad material, el proceso de la idea, la vinculación libidinal, el retorno a la unidad originante del sexo, la defensa contra la materia... Llega un día en que el hombre acaba por hallarse solo, obligado a realizar su vida desde la angustia de su propia impotencia o su fracaso. Pues bien, por encima de eso, desde el mismo hogar de su amor crucificado, el Señor de la resurrección nos introduce en un espacio de apertura y donación, de entrega y de confianza interhumana que jamás puede quebrarse.

Ese poder liberador de la Pascua se explicita en forma de esperanza. Todas las liberaciones acaban siendo parciales: las transformaciones económicas, las planificaciones sociales, los retornos al instinto, las recuperaciones sexuales... Desde el momento en que el hombre ha atravesado la barrera de la conciencia y se ha descubierto a sí mismo como absoluto sólo existe una libertad que puede liberarle: la victoria sobre la muerte. Eso es lo que ofrece la experiencia de la Pascua: situándoles en campo de confianza (fe) y dirigiéndoles al Padre, la resurrección de Jesús sitúa a los creyentes ante el misterio de una vida que se realiza no en un «más allá» respecto de la muerte sino «a través» de la muerte. La experiencia pascual, llevándonos al encuentro interpersonal y a la entrega de los unos a los otros, nos sitúa en el lugar donde es posible la esperanza, como meta transformada de la historia. En el oído del hombre moderno están cantando las sirenas de la impotencia heróica y los susurros de un retorno a la materia en la que no duela la muerte. Pues bien, en contra de eso, la experiencia pascual nos conduce al lugar del sufrimiento de la vida para ofrecernos allí, en utopía de transformación histórica, la gran esperanza de la resurrección universal que ha estallado sobre el mundo a través de la victoria del Cristo.

Al situarse en ese campo y reasumiendo los principios de la fe, de la exigencia liberadora y la esperanza, el misterio de la Pascua se convierte en *realidad celebrativa.* El poder del pensamiento se verifica a través de su limpidez argumentativa; la praxis por sus resultados. Pues bien, la plenitud de la experiencia pascual se autentifica y se despliega en gesto de memoria y anticipación celebrativa: allí donde los hombres recuerdan a Jesús, viven su presencia, invocan su llegada y cantan su grandeza, en ritmo de transformación liberadora, puede asegurarse que despunta la aurora de la Pascua. Frente a todas las sacralizaciones cósmicas que introducen al hombre en la magia de la naturaleza, frente a las fiestas políticas que emborrachan con el vino del gran pueblo o de la masa, frente a la impotencia de quienes se escudan en el aburrimiento de su propio escepticismo, los creyentes de Jesús celebran la experiencia de su Pascua.

Es evidente que no puede empezarse por la celebración. Lo primero es la palabra del recuerdo repetido, es la exigencia de una transformación, es la apertura creadora hacia el futuro... Pero una vez que todo ella se ha vivido, cuando el hombre se descubre nuevamente amenazado, limitado y muy pequeño, es necesario situar esa confianza y compromiso en ámbito de fiesta. De esa forma, la Pascua se convierte en fundamento de celebración liberadora sobre un mundo cautivo. Sólo de esa forma puede y debe hablarse de experiencia cristiana. Lo anterior fueron preludios; lo que sigue consecuencias. En el centro está el misterio de unos hombres y mujeres que, en signo de fraternidad y recuerdo, han abierto sobre el mundo el juego creador de la fiesta del resucitado. Partiendo de aquí, y reasumiendo la veta paradógica ya esbozada al final del apartado anterior, quiero trazar algunos rasgos de esta fiesta y de esta Pascua.

Hay en ella una primera *paradoja de ruptura y recuperación*. La experiencia pascual comienza por llevarnos a la muerte: nos introduce en el campo de la Cruz de Jesús y nos arroja lejos de las fuerzas y poderes de este mundo. Parece que todo ha terminado y que no queda más salida que el anhelo extramundano o el final de la existencia. Pues bien, conduciéndonos al centro de la muerte, ella nos hace llegar hasta las fuentes de la vida: la vivencia de la Pascua se actualiza allí donde se asume el camino de Jesús en fidelidad al misterio, entrega por los otros y esperanza ilimitada.

Hay una segunda *paradoja de gloria y de misión*. Parece que el creyente, que ha resucitado con Jesús, ya ha traspasado la barrera del mundo y de la muerte; vive en la gloria de su Dios y goza de ella para siempre. Pues bien, por la misma fuerza de la Pascua, ese creyente se descubre enviado hacia los otros, como apóstol de la gloria del Señor y testigo de su triunfo entre los hombres.

Hay, finalmente, una *paradoja de Dios y de los hombres*. Pudiera parecer que la Pascua nos saca de la tierra y nos conduce al misterio de un Dios supramundano. Pues bien, en ese mismo movimiento descubrimos que es Dios el que nos abre hacia lo humano. La Pascua se desvela de esta forma como un «camino de humanización», en la línea de las primeras palabras del Génesis: en el principio creó Dios a los hombres del barro de la tierra; en la culminación de los tiempos ha querido recrearlos de la vida y de la sangre de Jesús resucitado.

Nota biográfica

Xabier Pikaza Ibarrondo, de la Orden de la Merced, es profesor de Teología Dogmática en la Universidad Pontificia de Salamanca. Entre sus trabajos, de carácter exegético y dogmático, destaca el estudio programático *Experiencia religiosa y cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 1981, donde se encontrará una fundamentación y ampliación de las notas precedentes.